

TOMAS RUIZ DE APODACA, UN COMERCIANTE ALAVES CON INDIAS (1702-1767)

José Garmendia Arruebarrena

RIEV. Revista Internacional de los Estudios Vascos.
Año 40. Tomo XXXVII. N.º 2 (1992), p. 495-499
ISSN 0212-7016
Donostia: Eusko Ikaskuntza

Con ocasión y ante las puertas del V Centenario del Descubrimiento de América están floreciendo muchos estudios y dándose a luz muchas obras de investigación.

Entre éstas hay que contar con la biografía sobre *Tomás Ruiz de Apocada, un comerciante alavés con Indias (1702 - 1767)*, escrita por el historiador guipuzcoano José Garmendia y publicada por la Diputación Foral de Alava. Como obras de este género normalmente no exceden los límites de las provincias en que se publican —triste destino de libros que se almacenan y no se distribuyen— quiero con estas líneas hacerme portavoz de esta interesante biografía, única —al menos en lo que conocemos de publicaciones de esta índole— sobre un comerciante con Indias en el siglo XVIII desde Cádiz, lo que supone no pequeño mérito.

Tomás Ruiz de Apodaca era hasta el presente un personaje desconocido en la historia no sólo de Alava, en la que no aparece ni citado, sino tampoco en la de las relaciones comerciales con América. Recordemos que el autor, por sus numerosas publicaciones en torno a la presencia vasca tanto en Sevilla como en Cádiz —ahí están sus libros “Vascos en Cádiz, siglo XVII-XVIII”, “Cádiz, los vascos y la carrera de Indias”, etc., es buen conocedor del siglo XVIII y tuvo la fortuna de dar en el Archivo General de Indias (Sevilla) con una gran masa documental de más de 30 legajos, en los que figuran más de 2.000 cartas dirigidas desde los más diversos puntos geográficos al mencionado comerciante.

Digamos quién era Tomás R. de Apodaca. Nacido en un pequeño pueblo de Alava, en el lugar —como siempre se escribe al nombrar pueblos pequeños y mínimos, tan abundantes en la provincia alavesa— de Manurga, a unos quince kilómetros de la capital, Vitoria o Gasteiz, situado en las faldas del monte Gorbea, se traslada muy joven, como era costumbre entonces de tantos mozos, a Cádiz, a sus catorce años. Con frecuencia para dar el salto a las Indias. Apodaca sin duda fue a Cádiz llamado por los poderosos comerciantes, los hermanos Martínez de Murguía, oriundos del mismo lugar que Tomás y que destacaban en la vida gaditana por su comercio con América, dueños de tres navíos, dos de ellos fabricados en Pasajes. Cabe también destacar provenientes del mismo lugar, a varios canónigos, entre ellos Bernardo Ortiz de Zárate, el que un día casara a los abuelos de Cecilia Bóll de Faber o Fernán Caballero.

Apodaca, gracias a su esfuerzo personal, llegó a convertirse en un próspero comerciante y propietario de un barco, *Ntra. Sr.ª del Rosario*. Con éste y en otros realizó once viajes a Veracruz, en donde falleció a sus 65 años, el año 1767. Vida de trabajo realmente intensa, con varios naufragios de los que se salvó, resulta apasionante su trayectoria existencial. El autor ha sabido recrear los ambientes en los que se desenvolvió su vida, tanto en el País Vasco, Andalucía —y más en concreto, en Cádiz, San Lucar de Barrameda— en Veracruz, México, etc. Describe así tanto los hechos históricos nacionales e internacionales que afectan a su labor de comerciante, como las circunstancias económicas y los viajes, descendien-

do —gracias a los diarios que escribía nuestro comerciante— a los pequeños detalles cotidianos, que ordinariamente no suelen tener cabida en obras de carácter general. Porque la biografía de este comerciante no se reduce a sólo aspectos económicos, hoy tan de moda, sino que el autor estudia otros de su personalidad: religiosidad, su labor de benefactor, tío de sobrinos, pedagogo, su dedicación a la pluma, estilo, número de remitentes y cartas, hijos, vivienda, gastos de manutención, vestuario, regalos, enfermedades, su fallecimiento, etc., facetas todas ellas que enriquecen su personalidad.

No se puede silenciar que Apodaca, casado con M.^a Eusebía Eliza, hija de un distinguido comerciante donostiarra, caballero de Santiago y prior de la cofradía vasca de Cádiz, constituyó una gran familia de ilustres marinos, elevando a sus hijos a un gran nivel de vida. Así Sebastián, general de la Marina, Juan, prácticamente el último Virrey de Nueva España, conde de Venadito, Vicente, padre de María Dolores Ruiz de Apodaca, que casara con el héroe de Trafalgar, el motricotarra Cosme Damián de Churruca.

Apuntemos los méritos de esta obra de 400 páginas. En primer lugar, haber rescatado del desconocimiento y del olvido a una gran figura alavesa, ignorada en su tierra, sin que en las calles de vitoria cuenten él y sus hijos con un recuerdo, que no es el caso de Madrid, Sevilla, Cádiz y otros lugares. Además el autor resalta la importante parte que tuvieron los alaveses en Cádiz y en América. Pero quizá el mérito más relevante se encuentre en cuanto a la nueva documentación aportada en referencia a Cádiz, a través sobre todo de la correspondencia epistolar. Ya se sabe el valor de las *Memorias* de Raimundo de Lantery en cuanto a la segunda mitad del siglo XVII, pero ahí es donde terminan. Por desgracia no es mucha la documentación referente a la ciudad gaditana en los 50 años primeros del siglo XVIII. Muchas son las noticias que Garmendia ofrece de ese período. Más conocida es la historia de Cádiz hacia el último tercio del siglo XVIII, que resplandece con la presencia de italianos, franceses, etc. años en que verdaderamente se convirtió en lo que un historiador llamara *Emporio del Orbe*, y después cuna de las libertades. Es éste uno de los aspectos en que con luz propia brilla la obra del autor.

Seramente documentado, el libro es de fácil lectura gracias al estilo —un vasco que escribe bien el castellano—, y que sabe ofrecer con pinceladas coloristas y precisas los ambientes. Así escribe: Y por el puerto de Santa María a la anchura de la bahía de Cádiz, poblada de navíos de las flotas de Indias, con torres y minaretes, casas altas y balcones alanceados por el sol, como volcada al oleaje del mar, al que por primera vez se asomaba Tomás. ¡Cuánta agua, Dios mío, y qué misteriosos horizontes! Le debió parecer la ciudad un pañuelo blanco que decía adiós a tantos marchantes a Indias. Sobre todo ¡cuánta agua, qué bullicio en las calles y plazas, qué clima si los comparaba con la escasa gente, el tiempo como parado y el frío aire que arreciaba sobre los tejados de Manurga, procedente de las cumbres nevadas del Gorbea!”.

Sean bienvenidos libros como el presente, que no se reducen a los fríos aspectos económicos, sino que tratan de buscar en el fondo de la persona, revelando así su cosmos, éste hurgar en los entresijos más íntimos del alma, aportando algo más de humanismo para nuestros días.

El hallazgo de esa gran documentación —sobre todo el de un abundante y extenso epistolario de amigos y de lugares de remites—, que no es frecuente hallar en los archivos, ha propiciado al autor un rico filón, fuente de futuras investigaciones.

Obras como ésta, fieles a la documentación directa, pueden ayudar mucho a esclarecer las discusiones en torno a la actuación en la empresa colonial, de sus gobernantes y comer-

ciantes, único modo posible de escribir la historia con fidelidad a la documentación y auténtica interpretación. Los apasionamientos están de sobra, y en este sentido el presente volumen es modélico. Esperemos que día a día vaya esclareciéndose la historia de Cádiz y de Sevilla, que tanta importancia tuvieron con sus puertos en el comercio con las Indias, no sólo para las mentadas ciudades y lugares inmediatos, sino para todas las regiones de la Península y también para el Pueblo Vasco.

Edorta Kortadi Olano